

1

432 a.C.

¡Oh Calíope, Clío, Erato y Euterpe, y musas todas que habitáis las moradas del Olimpo, que por vuestra belleza conseguís todo lo que os proponéis! ¡Y vosotras, Ninfas del Peloponeso! Tú, Hamadríabes, que cuidas de los árboles y tú, Napeas, que lo haces de las montañas y las cascadas. Y vosotras, las Nereidas del mar de anchos pastos, hijas del divino Océano; y tú, Epimélides, la que cuida de las ovejas. ¡Vosotras, hijas de Zeus el soberano, que bailáis en los claros del bosque junto a mi diosa Ártemis y que tejéis prendas púrpuras en sus cuevas mientras vigiláis amablemente el destino de los mortales! Otorgad a esta anciana la gracia de recordar y la fuerza para escribir lo que sus ojos marchitos han vivido. Si la obtengo, os prometo ofrecer un sacrificio memorable en vuestro Nimfeo de Esparta.

Me llamo Aretes y soy hija de Eurímaco y de Briseida, nieta de Laertes, lacedemonia o espartana, como queráis. Si mis cálculos no yerran, mis ojos han visto más de setenta primaveras, una edad más que respetable para los tiempos que me han tocado vivir. Si ahora me vierais no reconoceríais a la muchacha que fui. Ya no puedo ir andando a muchos sitios y preciso de un asno o una carreta para llegar al mercado de la aldea o a sus templos para ofrendar a los dioses. Mis manos arrugadas no son lo precisas que fueron y la memoria inmediata me flaquea. No así los recuerdos de mi infancia y juventud, que tengo presentes como si hubieran sucedido esta mañana, porque cuando cierro los ojos aparecen en mi mente las imágenes de mi padre y mis hermanos bruñendo y engrasando sus armas, mi madre amasando el pan o nuestros ilotas segando la mies entre las ramas plateadas de los olivos agitadas por el Noto, el viento cálido que en verano remonta el cauce del Eurotas desde el mar.

No puedo ya valerme del todo por mí sola y mis manos tiemblan como una vieja rueca cansada de rodar, aunque lo hacen de modo casi imperceptible. Mi ojo derecho se ha cubierto de una tela fina y peligrosa como la de una araña. A veces, la niebla que lo mantiene en la penumbra se disipa, como la bruma desaparece de la cima de un monte alto, y entonces puedo escribir con pulso más o menos firme.

Sin embargo, aún conservo algo que me hizo una de las muchachas más esbeltas de mi tiempo. Mis ojos verdes todavía pueden chispear con malicia, pues conservo el don de ver más allá de las palabras y de leer los corazones. En mi juventud fui una mujer bella, o al menos eso decían. Lo digo sin pizca de engreimiento porque tuve admiradores, hermosos muchachos que me cortejaron y presentes dignos de una reina, como collares de cuentas, perfumes egipcios o vasijas de barro fenicio. La vida al aire libre y las continuas prácticas atléticas a las que la educación espartana obliga también a las mujeres, esculpieron en mí un cuerpo bello.

Dicen que las mujeres espartanas superamos en belleza a las demás de la Hélade. Nuestra diosa no es Afrodita como para el resto de las griegas, sino Ártemis cazadora, pues, desde pequeñas, moldeamos nuestras piernas, nuestra cintura o nuestros hombros en la palestra y en las carreras alrededor de los campos. Nuestro cabello claro luce a la luz de la lámpara no por las cremas o los cosméticos, sino por el lustre de nuestra salud. Nuestros ojos no se bajan ante la mirada de un hombre como hacen los ojos maquillados de las prostitutas de Corinto y nuestras piernas no se cuidan en el tocador con ceras o jugo de arándano, sino bajo el sol, en las carreras o en la pista atlética. Desde niñas nos inculcan que nuestra principal responsabilidad es criar niños fuertes que sean guerreros y héroes, defensores de la polis. Las espartanas somos mujeres bravas como yeguas, corredoras olímpicas. El entrenamiento produce en nosotras algo poderoso y lo sabemos. Otras ciudades producen monumentos o poesía entre otras artes. Esparta, en cambio, produce guerreros, y nosotras los parimos.

He de reconocer que siempre he sido algo tímida o reservada, aunque no pusilánime ni retraída, y mucho menos cobarde, que esta palabra no existe en el vocabulario de Esparta. Por eso, cuando el grupo de muchachas de mi edad nos cruzábamos con mi padre

y su *homoi* o grupo de guerreros ejercitándose en la llanura, o nos veían correr con las piernas desnudas, entonces mi padre gritaba a sus compañeros «¡mirad mi gacela de ojos de ternera!», yo me sentía morir, enrojecía hasta la raíz del cabello al oír los comentarios procazes de los hombres. Por eso corría aún más deprisa, seguida de mis compañeras por el campo, cubierta de sudor y del polvo del camino. De esa forma no podían apreciar mi ondulado cabello del color del roble joven, ni los hoyuelos de mis mejillas, ni mi boca ancha y sonriente. Sólo se fijaban en las piernas o en los muslos de una muchacha, más parecida a una potrilla que a una mujer. Sin embargo, mi padre lo decía lleno de orgullo y, cuando por la tarde regresaba a casa serena, me pellizcaba como sólo él sabía hacer repitiéndomelo en la oreja: «¡Mi gacelilla de ojos de ternera!». Entonces yo ya no enrojecía. Allí me lanzaba a sus brazos y me lo comía a besos, porque ser la única hija de un padre otorga esos derechos. Mis hermanos pasaban gran parte del día en los campos, o en la palestra junto a los otros muchachos, y mi madre, como contaré, vivía ensimismada en su dolor. Demasiado a menudo estaba sumergida en su mundo de melancolía.

Soy vieja, he dicho. Por eso, mi nieta Ctímene escribe a ratos por mí. Hace semanas le propuse que se trasladara a vivir una temporada conmigo al campo y, al oírlo, le brillaron los ojos como dos monedas de plata ateniense. Abandonar la austera vida de su aldea de Limnai para venir unas semanas a nuestra granja en la falda del escarpado y hosco Taigeto la ha sacado de la rutina, de las pesadas labores domésticas y de algo peor, porque su madre, mi nuera Clitemnestra, se ha empeñado en que la corteje un guerrero mal parecido que ha perdido un ojo en una refriega contra la ciudad de Argos. Ella podrá elegir al guerrero que quiera, pero ya se sabe que a las muchachas no les gusta que los mayores les importunen demasiado con estos asuntos del corazón. Anteayer, mi hijo Eurímaco la acompañó en carro a la finca de la familia. Creo que a la muchacha le está sentando muy bien el cambio de aires.

Nuestra hacienda es, como todas, propiedad de la Polis, aunque hace ya más de cinco generaciones que la explotamos junto a nuestros ilotas. He escrito bien, sí. He dicho junto a nuestros ilotas. No nos aprovechamos de su trabajo, como hace la inmensa mayoría del pueblo espartano. Para nuestra familia, los ilotas no son esclavos.

vos. Esto es algo que mi abuelo Laertes nos inculcó desde que tuvimos uso de razón. Los ilotas son trabajadores. Por eso, desde niños, hemos procurado tratarlos como se merecen. No hemos trabajado junto a ellos recolectando la fruta o agitando las ramas de los olivos cuando llega la época de recoger la aceituna porque eso lo tenemos prohibido, pero sí que hemos procurado que en nuestra finca no faltara lo imprescindible para hacer su trabajo más llevadero.

Recuerdo que, cuando se convocaba la *Kripteia* y los crueles y rudos guerreros vagaban de noche por los campos para exterminar a los ilotas más fuertes, mi abuelo autorizaba a nuestro capataz, Menante, para que saliera corriendo a prevenirles. Así los hombres escapaban unos días a las montañas hasta que pasaba el peligro.

Desconozco si todos los pueblos de la Hélade son tan belicosos como el nuestro. No sé si en Micenas, Beocia o en las islas del Egeo, los hombres son tan rudos y avezados en la guerra como en Esparta. Desconozco si pasan el día recitando poesías o tañendo la lira bajo sus pórticos. Pero, en nuestra tierra, el escudo y la espada son reverenciados como dioses y la fuerza es el bien máspreciado. Por ello, nuestros hombres son atletas y soldados, jamás han trabajado la tierra ni han sido artesanos. Estos trabajos menores están reservados a los ilotas o a los periecos, sometidos hace generaciones, y que conviven con nosotros.

La tradición dice que Amiclas fue la última aldea que se agregó a Esparta y que fue cedida por los aqueos a Filonomos, quien la repobló con colonos de dos islas del Egeo de las que no recuerdo el nombre, aunque los habitantes originales permanecieron en la ciudad. Antes de la primera guerra contra Mesenia, en tiempos de mi bisabuelo, nuestra aldea fue ocupada por el rey Teleclos de Esparta. Con el tiempo perdió su importancia, y sólo es recordada porque en ella tiene lugar el festival de las Jacintias, que celebramos cada año en la aldea, o por la colosal estatua que se venera en el templo de Apolo.

Nuestra casa se encuentra unos cuarenta estadios al sur de las otras aldeas, junto al río Eurotas, a dos calles del camino del atardecer, junto a los pies de viejos robles y olivos que crecen en uno de los lindes del barranco. Antes de llegar a nuestro hogar, el viajero pasa frente a las casas de otros iguales, con sus chimeneas encen-

didadas de las que sale un humo azulado que asciende al cielo igual que las columnitas del templo. Nuestro patio y nuestros terrenos están resguardados por una empalizada de troncos junto a la que crecen los jacintos y los arándanos. Junto a la puerta de piedra hay un álamo y, cerca de la casa, crece una higuera pequeña que da sombra a la mesa y a las sillas del patio.

Nuestra vivienda, fresca y sombreada, tiene dos pisos. En el bajo se abre un pequeño patio para banquetes, cuyas paredes encalamos cada año en primavera, y allí se distribuyen las habitaciones. Al fondo se encuentran la cocina y un pequeño almacén por el que se baja a la diminuta bodega, donde prensamos la uva y las aceitunas. También allí se curan los quesos de cabra que los ilotas manufacturan cada año en primavera, cuando nacen los cabritos.

En el piso alto hay otras habitaciones, más acogedoras, pues cada una de ellas tiene su brasero de cobre. No contamos con mucho mobiliario además del banco de piedra corrido que rodea el patio, de los tres arcones con ropa y utensilios o de la mesa grande y las sillas. Las paredes están decoradas con algunos trofeos de guerra de la familia, como lanzas y escudos. A estos, en Esparta, se les llama hoplones y llevan una gran letra Lambda grabada en el centro. Ocupan un lugar privilegiado en la pared del patio, bajo el pórtico encalado, y están flanqueados por las lanzas de mi hermano Alexias y de mi padre, Eurímaco. Son motivo de orgullo a la vez que un recuerdo doloroso. Entre ellas destacan los escudos de mi abuelo y de Polinices, mi hermano mayor, caído en las Termópilas. Cuantos viajeros pasan por la casa se detienen para ver las marcas de las docenas de flechas persas que los agujerearon.

En nuestro campo cultivamos higos, membrillo, fresas, moras, cerezas y mucha uva de distintas variedades. Nuestra tierra es del color del bronce al salir de la fragua, como el cabello de mi madre. También tenemos un huerto con un melonar, avellanos y almendros; y hortalizas como coles, rábanos, nabos, remolacha, zanahorias, puerros y ajos, cebollas, apio y menta, que tengo en una maceta aparte para que no se extienda demasiado, y lechuga. En el centro de la huerta se encuentra una fuente de piedra cubierta por un tejadillo. En nuestros campos pacen algunas vacas rojizas, unos caballos para la labranza y dos bueyes: Argos y Tirinto. Por la casa pasean algunos mastines que persiguen a las presas al salir de caza

y, en el camino de piedras blancas que serpentea hacia el monte, conservamos todavía los panales de abejas que cuidaba con mimo el abuelo Laertes.

Junto a la casa tenemos un pequeño jardín lleno de plantas aromáticas y algunas variedades de flores, entre las que ocupan un lugar destacado los jacintos y los mirtilos. Siempre me ha parecido que las flores de nuestro jardín han lucido más lozanas o que la cebada de nuestros campos ha crecido más hermosa que las del resto de los espartanos. No sé si porque es realmente así o porque son las nuestras.

Los jacintos son una flor muy espartana, pues los caminos de nuestra patria están sembrados de estas flores en honor de Jacinto, hijo del rey Amiclas. Su tumba se encuentra a los pies de la estatua del dios Apolo, allí le adoramos. Esta es la divinidad tutelar de uno de los principales festivales de mi patria: las Jacintias, que celebramos cada verano durante tres días; uno para llorar la muerte del héroe divino y los otros dos para celebrar su renacimiento.

Según nos recuerdan los poetas, Jacinto era un hermoso joven amado por el dios Apolo. Un día estaban ambos jugando a lanzarse el disco cuando el dios, para demostrar su poder a Jacinto, lo lanzó con todas sus fuerzas. Éste, para impresionar a su vez a Apolo, intentó atraparlo, pero el disco le golpeó y cayó muerto. Según algunos, el responsable de la muerte del joven fue el dios del viento, Céfito, porque la belleza del muchacho había provocado una disputa amorosa entre éste y Apolo. Celoso de que Jacinto prefiriera el amor de Apolo, desvió el disco con la intención de herirle. Sin embargo, mientras agonizaba, Apolo no permitió que Hades reclamara al muchacho y de la sangre derramada hizo brotar una flor, el jacinto. Las lágrimas de Apolo cayeron sobre sus pétalos y la convirtieron en una señal de luto. A mí, personalmente, me gusta más esta versión, pues es más poética, y las flores de mis jacintos son como cascaditas de lágrimas rosadas que adornan el patio con los primeros calores del estío.

En cambio, el arándano, también llamado mirtilo, nos da un fruto maduro con el que todavía preparo una deliciosa mermelada. El abuelo Laertes y algunos hombres de mi familia lo han usado siempre como astringente, pero no hablaré más de esto porque me parecería de mal gusto. El otro día, la ilota Neante, hija de Menante,

me dijo que una infusión de esta planta ayuda a eliminar la tela que cubre mi ojo. Probaré...

Más allá de la casa, junto al camino de cañas e hinojo que conduce al arroyuelo, se encuentran las dos chozas de nuestros ilotas, pegadas a una cuesta que en verano se llena de amapolas. La construyeron Menante y otros esclavos, con ayuda del abuelo Laertes, para evitar los vientos fríos que bajan en invierno del escarpado y hosco Taigeto.

El abuelo, aunque era espartano, era más propenso a interesarse por las cosechas que por la milicia. Algunos me han dicho que ese desapego al ejército, aunque sirvió en él como el mejor, fue el origen de nuestros males. Parece que algún éforo no veía con buenos ojos que Laertes *el de la colina*, como era conocido en su confraternidad de mesa, recitara tanto a Hesíodo y a Tirteo y que dedicara más tiempo a controlar los trabajos del campo, al arado y a la hoz que al escudo y a la lanza. Si en Esparta un éforo comunica a los ancianos de la *gerusía* que un espartano no es fiel a las leyes de Licurgo, echa el mal de ojo a sus descendientes.

Esparta nunca ha sido tan militar como ahora. Antiguamente, el teatro y la música, la poesía y la danza, eran los grandes protagonistas de las fiestas de la ciudad. Recuerdo que, de niña, antes de acostarme, me sentaba en las rodillas del abuelo Laertes y él dejaba que acariciara su barba blanca y recorriera con los dedos las arrugas y las cicatrices que adornaban su rostro solemne. Entonces me contaba que, en tiempos de su abuelo, Esparta había sido la cuna de grandes artistas como Alcmán o Tirteo, de quienes a veces me recitaba fragmentos para arrullarme:

*Duermen de los montes cumbres y valles,
Picachos y barrancas,
Cuántas razas de bestias la oscura tierra cría.
Las fieras montaraces y el enjambre de abejas,
Y los monstruos en el fondo del agitado mar.
Y las bandadas de aves de largas alas duermen.*

Luego el abuelo decía para sí:

—Ha sido el miedo. El miedo al persa, el horror a perder la libertad, lo que ha hecho que Esparta se vigorice y se quede en-

rrada en su puño de hierro. Es el miedo la causa de que ya no haya tiempo para la música o la poesía.

Yo entonces no entendía qué podía significar aquello. Los persas eran una nación lejana y desconocida. Sin embargo, los rumores del tamaño de su ejército y las conquistas de sus reyes en oriente, o sus incursiones en Tracia, atemorizaban a los ancianos y a los políticos. A Esparta habían llegado ya varias embajadas de Atenas, Delfos y Corinto para tratar de estos asuntos. Por eso, desde niña recuerdo ver a centenares de hombres preparándose para la guerra en la llanura de Otona. Allí embrazaban sus escudos y realizaban pesadas marchas o ejercicios extenuantes, como hacen los muchachos que entran en la milicia.

2

432 a.C.

Durante mucho tiempo he tomado notas de los días que he pasado con los míos, y pienso que he de ponerlo por escrito. No a modo de ejemplo con el que ilustrar a generaciones futuras, ni para ejercitar mi memoria marchita. Tan sólo como regalo a la vida que me ha tocado vivir. Así ocuparé las largas horas del día en las que mi tarea no va más allá del cultivo de mis jacintos o el bordado de algún mantel. Escribo para que los que han vivido junto a mí lo hagan de alguna manera eternamente. También porque quiero morir en paz y para que, cuando la negra Parca venga a buscarme y Hades me reciba en sus moradas, vaya yo desnuda de recuerdos y pesares. Escribo porque la historia que quiero contar merece ser contada, y para que se haga justicia a mis seres queridos.

Por eso, desde que llegó mi nieta Ctímene hace tres días, cuando los ilotas marchan a los campos para la siega, después del desayuno, nos sentamos bajo la parra de la casa y le dicto durante buena parte de la mañana. A veces, cuando se cansa, va corriendo al pozo de la Néyade de hombros esbeltos para traerme un pequeño cántaro de agua fresca. Con ella calmamos la sed de este verano pegajoso y lleno de mosquitos que esta noche apenas me han dejado dormir.

Esta chiquilla, ya casi una esbelta mujer, es la viva imagen de su padre, mi hijo Eurímaco. Su piel es tan bruna que tiene el color de las ciruelas moradas; su nariz es pequeña y simpática; sus ojos son expresivos y grandes; sus labios sonrosados y sonrientes. La muchacha aún deja que le peine sus rizos rubios que le caen por encima de los hombros como un manantial dorado. No es orgullo de abuela, pero mi nieta es la muchacha más bella de Esparta, y a sus quince años ya ha ganado dos veces la carrera del camino de los jacintos. Quiere superarme un día; yo la gané cinco veces consecutivas y participé en dos juegos panhelénicos en Olimpia, las primeras

veces que las mujeres podíamos tomar parte en ellos. Confío orgullosa que lo consiga. Ahora, cuando le dicto esto, se sonroja y me dice:

—Abuela, esto no puedo escribirlo.

Yo le replico con un guiño:

—Ctímene, obedece a tus mayores.

—Amiclenses... —se queja ella.

—Tú también lo eres, hija mía.

—No tanto como tú, abuela.

Yo sonrío, ella hace un mohín y se pone de nuevo a escribir en el papiro. Mi nieta es un hueso duro de roer, al igual que su padre. Es cierto que sólo es medio amiclense, pues su madre es de la aldea de Limnai y los de Amiclas tenemos fama de testarudos. Sin embargo, el tesón y el carácter de vencedora que fluye por sus venas es lacedemonio. Mi hijo conoció a su esposa, Clitemnestra, en Atenas, cuando acompañamos a la embajada que se entrevistó con el General Pericles y visitamos los acantilados de las Termópilas para honrar a nuestros caídos. Según me contó, y así lo presencié, se encontraron paseando por la acrópolis ateniense, admirando los trabajos del nuevo templo dedicado a su diosa Atenea, que los ciudadanos levantaban sobre las ruinas del que los persas habían destruido. Se miraron un instante a los ojos y parece que Eros, que paseaba ese día por la acrópolis, disparó una certera flecha a ambos corazones.

Para escribir estas páginas conservo los rollos que el bueno de Simónides de Ceos me trajo de Egipto. Me los regaló hace muchos años en pago por nuestra amistad, y porque oyó en nuestra casa los hechos ocurridos en las Puertas Calientes. Allí, en las Termópilas, como he dicho, murió combatiendo mi hermano Polinices entre otros trescientos espartanos con el rey Leónidas al frente.

Creo que es el momento, al inicio de mi relato, de describir nuestra patria, agreste y fecunda al mismo tiempo. Pues bien, Lacedemonia, tierra de cabras y olivos, está formada por cinco aldeas que forman la Polis, a saber: Pitana, Mesoa, Konosura, Limnai y Amiclas. La ciudad, si es que así se la puede llamar, está bañada por el río Eurotas, que nace en el monte Boreo y desemboca en el golfo, cerca de la arenosa Giteo, nuestro bullicioso puerto de mar. El río recibe el nombre de su creador, Eurotas, primer rey de Esparta, quien le dio origen drenando los pantanos de la llanura.

Parece ser que mi pueblo proviene del norte, de los montes donde nace el frío Boreas. Hace muchas generaciones, mucho antes de que los helenos marcharan contra Troya, mis antepasados ya habitaban esta tierra a la sombra del escarpado y hosco Taigeto. Las calles de las aldeas son austeras y no muy anchas, de piedra cincelada a martillo como sus propios habitantes, que se creen descendientes del mismo Heracles. Cuenta con dos mercados, varios templos, el palacio de los dos reyes, la acrópolis y dos pistas de carreras: la pequeña, que empieza en el edificio del gimnasio y sigue por el camino de Konosura bajo la figura de Atenea *de la casa descarrada* (me ahorraré aquí decir por qué recibe este nombre), y la pista grande, que da la vuelta a las cinco aldeas, pasa por Amiclas, recorre el camino de los jacintos y pasa al lado de las laderas del Taigeto, que mide casi cien estadios de recorrido.

Desde tiempos inmemoriales, los atletas de Esparta han sido laureados en los juegos de Olimpia. Un día, le pregunté al abuelo Laertes por qué los espartanos pasábamos media vida entrenando. Entonces, me contestó orgulloso:

—Aretes, has de saber que, entre la decimoquinta olimpiada y los tiempos de mi abuelo Filotas, transcurrieron más de cinco generaciones de hombres. Durante ellas, de los ochenta atletas coronados en los Juegos, más de la mitad fueron espartanos. De esta manera, al ver el poderío de nuestro pueblo, las otras polis de la Hélade nos respetan y temen.

Creo que haber residido de manera habitual en Amiclas ha dado a mi familia un aire más campestre que si hubiéramos sido criados en las otras aldeas. Siempre hemos sido conocidos allí como *los de la colina*. Toda mi vida he vivido en nuestra granja, a la sombra del monte, y tan sólo durante los años de las revoluciones, después de los terremotos, busqué refugio en el norte.

Como he escrito, mi padre se llamaba Eurímaco, y sus padres fueron Laertes y Eurímaca, *la del dulce talle*, quien murió al darle a luz, según me contaron de niña. Mi madre se llamaba Briseida y era hija de Alexias, guerrero muerto en una batalla años antes de mi nacimiento, y de la abuela Pentea, fallecida cuando yo contaba dos años de edad.

Nosotros vivíamos en la casa familiar con el abuelo y eso siempre fue una ventaja. Mi padre pasaba mucho tiempo, aunque no

todo, con sus camaradas de la *Systia*, en los barracones donde cohabitaban los guerreros. No siempre participaba en los banquetes del caldo negro de su hermandad. Si salía a cazar y se podía ausentar de la cena fraternal de los guerreros, llegaba a casa al anochecer. Entonces, el abuelo y él podían discutir de política y de los hechos de armas. Mi abuelo no había tenido otro hijo, ni se había vuelto a casar tras la muerte de la abuela Eurímaca. Treinta años después de su fallecimiento, el abuelo aún conservaba el recuerdo de su mujer intacto, y no pocas veces le sorprendí hablando con su fantasma cuando se encontraba solo. Parece que el que ha conocido sólo a una mujer y la ha amado sabe más de mujeres que si hubiera conocido a mil, porque de todos es sabido que el castigo del promiscuo es la soledad; y ésta es la amiga más amarga, la que hace menos compañía. Por eso decía que no necesitó conocer a ninguna otra habiendo tenido a la mejor, porque hubiera sido como probar un vino demasiado aguado después de gustar una divina ambrosía.

3

502 a.C.

Creo que, para seguir un orden lógico de los acontecimientos, he de empezar mi relato por el principio. Pues bien, mi primer recuerdo de infancia se remonta al nacimiento de mis hermanos gemelos. Ocurrió durante una noche de finales de otoño en que la luna llena brillaba como una moneda de plata ateniense. Había llovido toda la tarde. Los campos estaban anegados y Boreas, el frío e irritado viento del norte, hacía crujir las ventanas. El olor de la tierra mojada llenaba las estancias y se mezclaba con el olor del aceite, porque la prensa de la aceituna había terminado hacía pocos días. Por ello, el pilón de piedra de la bodega y los contenedores de esparto aún rezumaban de su jugo.

Madre llevaba más de una hora acompañada de las parteras. Intentaba dar a luz sin gritar, como hace una buena espartana. Tan sólo de vez en cuando se oía algún jadeo y las voces de ánimos de las dos ilotas que la asistían. Era su tercer embarazo, tras el de mi hermano mayor, Polinices, y el mío. Yo entonces contaba cinco años y Polinices siete. Recuerdo que me encontraba sentada en el regazo de padre, junto al fuego. Polinices había empezado la milicia ese otoño, al cumplir los siete años, como cualquier niño espartano. Había llegado a casa empapado por la lluvia antes de que empezara el parto, y se secaba junto al fuego sentado a los pies del abuelo. Hasta los once años vendría a casa cada tarde al acabar los rudos ejercicios de la palestra. Después ya no, porque al acabar esos primeros años de iniciación, viviría con los otros muchachos en los barracones hasta que, a los veinte, se convertiría en un guerrero de la Polis. Mi hermano llegaba a diario con magulladuras o cortes, que madre o yo sanábamos con agua caliente, sal y un vendaje limpio que él se sacaba cada mañana antes de salir de casa para no ser el hazmerreír de sus compañeros. Esa tarde tuve que restañarle una

herida que se había hecho en la frente peleando con otros muchachos.

El abuelo Laertes, sentado en un taburete, entretenía sus dedos en la confección de un canasto de mimbre, y yo los observaba como si viera moverse las nudosas raíces de un roble viejo. Tenía un aspecto muy digno, de dulces ojos oscuros, nariz aguileña y la barba más maravillosa que nunca haya poblado ningún mentón humano: blanca como la nieve del monte que, en su cara tostada por el sol, brillaba a la luz del fuego. Estaba convencida de que era el abuelo que cualquier niña desearía tener.

Cuando se oían los jadeos de madre, padre me apretaba contra su pecho y yo oía los latidos de su corazón acelerado.

—No te preocupes, gacelilla —me susurraba de vez en cuando al oído—. Todo irá bien.

Mis ojos verdes se calmaban al ver su mirada serena. Así me tenía, apretada contra su ancho y poderoso pecho, cuando la ilota Neante, hija del capataz Menante, una muchacha de ojos despiertos y unos años mayor que yo, salió de la habitación de madre.

—Vienen dos —dijo con su voz chillona mientras se secaba las manos manchadas de sangre en el delantal.

El abuelo soltó el canasto y meneó la cabeza, preocupado. Se acercó al pequeño altar de Ártemis y musitó una plegaria mientras echaba unos granos de cebada al fuego. Padre me dejó con suavidad en el suelo y se levantó para acercarse a la habitación, pero las dos ilotas le prohibieron la entrada porque dicen que es de mal augurio que un hombre vea a la parturienta. Polinices y yo nos miramos sin entender nada.

Un poco después, el primero de los niños llenó la casa con sus lloros y una alegría inenarrable explotó en mi interior. Una de las dos ilotas salió de la habitación de madre con un pequeño fardo que dejó en manos de mi padre con una sonrisa. Me agarré a su manto y él se puso a mi lado, con el niño en brazos para mostrármelo y satisfacer mi curiosidad. Entonces vi por primera vez los ojos de mi hermano Alexias y quedé maravillada.

Después, padre tendió el bebé al abuelo, que lo depositó encima de la mesa de haya entre las frutas y los platos. Abrió el pequeño fardo y examinó al recién nacido con cara de satisfacción, porque era un niño gordo y sano que agitaba las manos y los pies sonrosados.

Sin embargo, la actividad no había terminado en la habitación de madre. Dentro de la estancia se oyeron algunos gritos y movimiento ajetreado. Al cabo de unos minutos, se oyó otro balbuceo infantil más débil y la otra muchacha ilota salió llevando otro fardo en el que envolvía al segundo recién nacido. Padre entró corriendo en la habitación y la ilota tendió el otro pequeño paquete al abuelo Laertes, quien repitió la operación y lo puso encima de la mesa para examinarlo. Mis ojos seguían las manos del abuelo, que cogieron al niño como si fuera un conejo para examinar sus miembros tiernos y frágiles.

—Aretes, Polinices —nos llamó padre desde la estancia donde se hallaba madre.

Apartamos la tosca cortina que nos separaba de ellos y entramos. Por el suelo, entre la cama y los arcones, había paños y cuencos humeantes en los que habían bañado a los dos recién nacidos. Madre estaba tendida sobre las sábanas manchadas de sangre, agotada como el corredor que ha terminado su carrera victorioso. Desde allí nos sonrió sudorosa. Había terminado lo más bonito que una mujer puede hacer en esta vida por cuarta vez.

—He dado dos guerreros a Esparta, dos... —balbució satisfecha.

Sólo ella sabía lo que había supuesto ese parto. Padre le cogía una mano con orgullo mientras le acariciaba la frente perlada de gotas de sudor. Madre tendió la otra hacia mí, me acarició la mejilla y yo la besé en los labios resecos.

—Aretes —me dijo con una tierna sonrisa mientras acariciaba los rizos de mi cabeza—, tendrás que ayudarme, porque dos niños nos darán mucho trabajo.

Yo asentí ilusionada con la cabeza y ella se volvió a Polinices con una mueca de placer y de dolor.

—Y, cuando sean mayores —le dijo madre—, necesitarán un entrenador para la pista y para el combate, hijo mío.

Mi hermano mayor hinchó el pecho y sonrió complacido, pues ya se veía dirigir a sus hermanos en las batallas que tendrían lugar en el patio de nuestra casa. Pero ese dulce momento se agrió porque, de repente, desde la otra estancia, nos llegó la voz del abuelo llamando a su hijo:

—Eurímaco...

Padre nos dejó con madre en la habitación y se acercó a la mesa

donde se agitaban los dos recién nacidos. Yo aparté la cortina y oí como los dos cuchicheaban y señalaban primero a un bebé y después al otro. Parecía que estuvieran en el mercado y compararan a dos lechones para ver cuál comprar. El más robusto de los recién nacidos no paraba de agitarse encima de la mesa; el otro, en cambio, permanecía acurrucado entre las pieles de oveja que le envolvían.

—Este niño —dijo el abuelo meneando la cabeza mientras señalaba al último— no pasará por la criba del consejo. Hemos de robustecerle antes de presentarlo a la *Lesjé*.

En aquel entonces yo desconocía la bárbara costumbre que todavía pervive entre mi pueblo, aunque años después tuve que someterme a ella como cualquier espartana. Hay que saber que desde tiempos inmemoriales, entre los espartanos, se practica una estricta eugenesia destinada a conseguir niños sanos y fuertes. Nada más nacer, el niño espartano es examinado bajo los soportales de la plaza de la ciudad por la *Lesjé*, una comisión de ancianos que determinan si es hermoso y de constitución robusta. Si supera la prueba, es confiado a su familia para que lo críe hasta el día que inicia su educación como guerrero. En caso contrario, se le lleva al Apóthetas, una zona barrancosa al pie del Taigeto, donde es arrojado o abandonado para eliminar así toda boca improductiva. Por eso, aún hoy día, algunas mujeres huyen a otras Polis o se esconden en los montes si presumen que su hijo no superará la cruel prueba.

Yo estaba hipnotizada con los dos bebés. Miraba al más fuerte y estaba orgullosa de que madre hubiera parido a un niño tan robusto. Entonces, mis ojos miraban al más débil y mi corazón se enternecía imaginando cómo le arroparía, le alimentaría o le bañaría. Tampoco sabía entonces que en Esparta todo niño debe ser formado desde un principio para ser parte de la élite espartana, y que las leyes del estado son implacables. Durante su estancia en el ámbito familiar no se mimó a los niños, sino que se instruye especialmente a las nodrizas para que los críen sin pañales que constriñen su crecimiento o debiliten su resistencia al frío y al calor. Al niño pequeño se le prohíbe toda clase de caprichos o rabietas. Debe acostumbrarse también a estar solo y no temer a la oscuridad. Así que nada de pañales, nada de lloriqueos, ni siquiera calzado, porque todo espartano debe demostrar carácter y valía desde su nacimiento. Es también costumbre bañarlos con vino, pues existe la

creencia de que provoca convulsiones, hace que las naturalezas enfermizas sucumban enseguida y robustece, en cambio, a las sanas.

El abuelo Laertes se volvió a las dos muchachas ilotas y las miró a los ojos. Su rostro parecía de piedra, como si fuera una estatua del altísimo Zeus, dios de las nubes. Se podía confiar en la que era hija de Menante, nuestro ilota más fiel, del que podía decirse que era el mejor amigo del abuelo y el único en el valle a quien permitía, en su ausencia, cuidar de las abejas. Sin embargo, de la otra sabíamos muy poco.

—Esta noche —les dijo—, en esta casa no ha ocurrido nada, ¿entendido? Si alguien os pregunta, la señora os ha llamado para sacar el agua de la lluvia que ha inundado la bodega. Este niño —dijo señalando al más escuálido de los dos—, tiene que reforzarse. Hay que ocultarlo y alimentarlo antes de...

El abuelo calló y miró fijamente a Neante, hija de Menante, una muchacha avispada y obediente.

—Hay que buscar discretamente a la nodriza más rolliza —le dijo.

—No importa el precio —señaló mi padre—. Que venga cuanto antes a esta casa.

El abuelo Laertes se quedó pensativo mirando a la muchacha. Ambas marcharon a cumplir su cometido y nosotros regresamos junto a madre. Padre se sentó a su lado en la cama y le cogió amorosamente la mano.

—Uno de los chicos —le dijo— es demasiado débil para presentarle ante el consejo. Hemos mandado a las muchachas a buscar a la mejor nodriza ilota. Si logramos ocultar su nacimiento dos semanas se robustecerá y podrá ser presentado a los ancianos.

Madre asintió preocupada y se puso a examinar a sus dos hijos como hace la leona que ha parido cachorros, pues ya había visto que el segundo bebé abultaba mucho menos que su hermano gemelo. Ambos dormían en sus brazos y, a pesar del parto largo y difícil, su rostro aceitunado era la imagen de la felicidad. Estaba radiante, con los rizos del color del cobre que le colgaban sobre el pecho. Si yo heredé algo de mi madre fue ese cabello que se desliza como una cascada caprichosa. Es el mismo cabello que, ahora, mi nieta Ctímene quiere que le peine cada mañana.

—Tú, Aretes —me dijo madre mientras acariciaba a los dos re-

cién nacidos acurrucados a su lado—, te encargarás del mayor de los dos.

En ese momento, cientos de flores de jacintos rosados brotaron a la vez en mi alma infantil. Acababan de darme la inmensa responsabilidad de cuidar de uno de los dos bebés que descansaban en sus brazos.

—Al mayor le llamaremos Alexias, en recuerdo de mi padre—dijo ella.

Padre y el abuelo Laertes asintieron.

—Y al pequeño... —dijo madre.

—¡Le llamaremos Taigeto, como al monte! —soltó el abuelo—. ¡Porque haremos que sea fuerte como una roca!

Todos reímos su ocurrencia y aplaudimos. El abuelo sentía reverencia por el monte Taigeto, bajo cuyos peñascos anidan las águilas y a cuya escarpada sombra cultivaba sus panales de abejas en recipientes de paja trenzada, colgadas en un alcornoque o al amparo de una gran roca. Allí también recogía en otoño setas y espárragos con los que preparábamos en casa sabrosas tortillas. Sin embargo, nadie cayó en la cuenta de las resonancias macabras que este nombre provoca entre los padres de los recién nacidos.

La nodriza llegó antes de que Polinices y yo nos acostáramos. Era una mujer gruesa y con cara de manzana madura, de manos regordetas y mirada avispada. Un poco nerviosa para nuestra manera de ser, pero válida para su función por las generosas formas que se adivinaban bajo su túnica. Se llamaba Pelea y enseguida se encargó de dar el pecho a los dos bebés.

La siguiente semana pasé las horas muertas frente a la cuna de los gemelos. Me quedaba encandilada al verles comer o dormir, no me perdía un detalle de sus caritas y grababa en mi memoria cada uno de sus rasgos, tan similares y distintos al mismo tiempo. Parecían dos tiernas bellotitas; tenían ojos claros como el agua del Eurotas y unos incipientes rizos de oro decoraban sus cabecitas, lisas como dos melocotones. Sin embargo, mientras Alexias comía con fruición, Taigeto no terminaba de encontrar el gusto a la leche de la nodriza. Yo no sabía entonces a cuál de los dos iba a querer más, porque aunque me habían adjudicado al robusto Alexias, el pequeño Taigeto me inspiraba más compasión, ya que necesitaría más cuidados.

Madre se levantó de la cama al cabo de dos días para asistir al sacrificio de un cabritillo, que hicimos de modo discreto en el patio trasero de la casa con el fin de dar gracias a los dioses.

Seguimos con la rutina de siempre, yo me encargaba de echar la comida a las gallinas y a las ocas, de ir a buscar agua a la fuente o de ayudar a Neante en algunas tareas caseras. Sin embargo, mi vida había cambiado por completo. Hasta la llegada de mis hermanos siempre me había sentido la protagonista de la casa, pero desde ese momento algo había cambiado. Cuando madre me cepillaba el pelo no la atendía, pues estaba ensimismada con los dos bebés. Yo era a la primera que veían cuando abrían los ojitos, o la que avisaba a la nodriza Pelea cuando lloraban para pedir alimento si ella se encontraba fuera de la casa. Me pasaba las horas muertas viendo cómo dormían y hasta contaba su respiración, esperando que alguno de los dos abriera los ojos y pudiera cogerle en brazos y sacarle de la cuna. Con todo, los esfuerzos de la nodriza y del abuelo Laertes, que mezclaba la mejor miel en la leche que se les daba, resultaban estériles. Taigeto no engordaba. Alexias, en cambio, se robustecía día a día.